

## EL CORREO DE LA REVISTA

**CARLOS ILLESCAS**

Querido lector y amigo:

Escribir cartas es un arte que siempre se renueva. Más que un ocio constituye una necesidad y por esta causa, quien más quien menos, hace de ellas su oficio y su ocupación. Puesto en manos de inteligentes este arte visita regiones en donde la excelencia tiene asiento; pero, puesto en otras, la visita dirige sus pasos a regiones de las que la excelencia huye. No estamos con ánimo para citar a los más famosos epistológrafos que han visto los siglos, cosa que ya hicimos hace buen tiempo, ni tú estás en capacidad de tolerar los centones en que solemos incurrir muchos al citar sin ton ni son particularidades de una materia que o desconocemos o es harto difundida como para poner en ella la atención. Y así, merced a un párrafo bien largo, no del todo innecesario ya que corrió a título de pequeña obertura para divertimento de instrumentos y solistas, queremos decirte lo siguiente:

Estamos seguros que no dejas pasar por alto las nuevas y viejas publicaciones con el propósito siempre de elevación del espíritu, de ver, indagar, establecer cómo se produce la aparición de nuevos ingenios: palabra un poco achacosa ya para llamar a los escritores que se distinguen en su menester. Si tus redes de la sutileza y del discrimen lo han permitido, sin duda has pescado más de un precioso ejemplar que reúne las condiciones necesarias para sobresalir del común de los escritores al uso.

La tarea de dicha pesca no es sencilla, porque todavía se imponen gustos dirigidos por autores de hace algunas décadas quienes han devenido clásicos y por lo mismo pertenecen, siempre, a muy personales antologías. Por ejemplo, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Salvador Novo, Octavio Paz, y otros, que si no habitan la misma atmósfera de los citados, sí se hallan en los aledaños de la región en donde tales señores cultivan los méritos que los immortalizan. El asunto excitante es hallar los cuernos de lo clásico en autores que muestran aún la leche en los dientes, es decir, jóvenes, muchos de ellos en su primera juventud.

Dicen los discretos que no es fácil distinguir los sonidos de lo bueno ahí en donde el estrépito se produce. Para lograr el éxito en este batallar se requiere el buen oído, afinado al máximo; el mejor. ¿Y para alcanzar tal mérito qué se requiere? Además del gusto, la propiedad en el juicio y el desapasionamiento, y todo ello sembrado en los terrenos de una cultura adquirida a pulso, la misma que conceden las lámparas siempre encendidas, proyectadas sobre lecturas digeridas con espíritu solvente. Humanismo. Eso es. Saber hacer herramienta lo aprendido, y saber hacer del producto de esta acción, otra herramienta como si se tratara de un torno prestado por el conocimiento que desconoce los límites y sobre todo la fatiga.

Un buen lector hallará en todo momento buenas lecturas, así traten de distraerle los afanes de una publicidad gritona al máximo; pero ineficaz al tratar de hacer prolongar sus ecos. ¿No piensas tú, lector amigo, que debajo de los armatostes llamados con generosidad pocha bestseller se hallan libros bendecidos por el tiempo y los mejores hombres? Plutarco, aun cuando se piense lo contrario debido a la vociferación de anunciantes y gritones de feria primermundista, se echa al pico a toda una serie de fulanetes, que son a las letras lo que Rigo Tovar es al bel canto. Y con Plutarco puedes emparejar a otros muchos de ayer y hoy, unos mayores, otros menores, pero siempre nevados en sus cimas por el mérito.

En dos palabras, pues, amigo lector, si hay formación humanística, no resultará dificultoso hallar en un medio abigarrado a autores que siguen los pasos de los clásicos de ayer y mañana -retorno al futuro diría Luis Cardoza-. Y realizar tal tarea es gratificante. Vaya de ejemplo, en la medida que lo permiten las inclementes erogaciones en la compra de revistas, leer a Christopher Domínguez conduce a pensar que el espíritu literario adquiere un nuevo discurso, más preciso, menos impresionista, más y mejor informado. Quizá sea más producto de la universidad que del periodismo que, como tú también sabes, es semillero y campo de pruebas de todos quienes nos atrevemos a verter en letra escrita lo que el pensamiento (¿pensamiento?) dicta.

¿Has leído tú, amigo, a este autor, a fin de saber qué pasa con los diversos movimientos marcados en sus pasos por la poesía y la prosa, la novela y el ensayo, el teatro y la crítica propiamente dicha, mexicanos? A mi juicio es uno de los mejores informantes a la fecha; él realiza con otras dimensiones lo que en su tiempo hicieron José Luis Martínez, Emmanuel Carballo y no recuerdo quién otro. Y hay más, mi sorpresa fue más allá de lo común cuando pude ver un Rubén Darío diferente merced al prólogo que C. Domínguez escribió para la edición de Los Raros, según edición de la UAM. Y así como Darío, sabe hablar con Jorge Cuesta, por ejemplo, autor privilegiado por muchos deseosos de situar su pensamiento que hallan precursor de no sé qué disidencias y qué heretismos.

Evodio Escalante penetrado de tantás filosofías, a veces aspira a poner en letra mexicana el espíritu del pensamiento de Wittgenstein. Sus inquisiciones son una larga búsqueda, a veces abisal y a veces gaseosa; la verdad es que su ocupación nacionalista comporta visiones con otro temple y definición. Bajo su lente López Velarde ronda otras doncellas, y danza otro vals. ¿No lo crees tú así, amigo paciente? Los nacionalismos, dicen los que saben de esto, siempre llevan a excesos y entusiasmos que impiden ver el bosque, sobre todo lo que viene de afuera, y por lo mismo la universalidad en la visión de ser aguda se hace míope, cegatona. Yo pienso que esto es sólo en parte, y no siempre cuanto dicen los entusiastas del nacionalismo corre con el sello del egoísmo provinciano. Pienso también, que en todo instante, por breve que éste pudiera ser, se impone la tarea de que nuestros países en su totalidad y en su unidad revisen y vuelvan a revisar cuantas veces sea necesario, a sus autores, los buenos, los medianos y los deficientes. ¿Por qué? Porque de este espesamiento de datos, medidas y latitudes, se obtendrá el producto de saber qué oponer a los destructores, o manifiestos o sutiles, que tratan de colonizarnos más aún de lo que ya estamos. ¿Estamos en capacidad de recepcionar lo dicho, de estrearnos ante tal peligro, o es que a fuerza de decepciones producidas por el ejercicio del sectarismo de muchos ya estamos de vuelta de cuanto es populismo, folklorismo, bastardad y antielegancia?

Con Evodio Escalante dentro de poco tiempo habremos de contar, no caben dudas, con un autor sólido, trascendido a regiones transparentes en donde el buen humor escucha reír a Carlos Monsiváis, quien, en la mesa literaria, ocupa un lugar preeminente de la cabecera.

Quiero mencionarte también a gente joven como Vicente Quirarte, seguidor de los pasos de Owen y Cernuda, a quienes ha llegado a conocer con verdadera cercanía y lucidez. Si para ello hubiera humor y tiempo, amable lector, en un momento de esta carta me gustará decirte, con la condición de que no lo divulgues, el poema que escribí a instancias de Quirarte un día no lejano y que leí en la tumba del gran poeta español en el Panteón de Dolores.

Daniel González Dueñas, tan conocedor de Roberto Juarroz en grados de penetrar los horizontales laberintos de este poeta antes de darnos interpretaciones lúcidas, cuyo producto siempre agradecido es averiguar en qué consiste la verticalidad de un creador cuya misión contemporánea es despedir el siglo XX y darle entrada al XXI con otro concepto, con otro ritmo, con otro estupor lejano del “lugar poético” a lo que muchos entendemos, a lo que muchos no entendemos, por poesía.

¿Perdonarías, lector, que me tomara la libertad y produjera a continuación un poema de juarroz, tomado por González Dueñas como paradigmático en sus demostraciones de lógica dionisiaca?

Cada cosa es un mensaje,  
un pulso que se muestra,  
una escotilla en el vacío.

Pero entre los mensajes de las cosas  
se van dibujando otros mensajes,  
ahí en el intervalo,  
entre una cosa y otra,  
conformados por ellas y sin ellas,  
como si lo que está decidiera sin querer el estar  
de aquello que no está.

Buscar esos mensajes intermedios,

la forma que se forma entre las formas,  
es completar el código o tal vez descubrirlo.

Buscar la rosa  
que queda entre las rosas.

Sin afán de llegar a encarar un nuevo viso del positivismo lógico, ¿cómo observas tú este tipo de poesía del ser, bienmaridada con, las sabias líneas escritas por los presocráticos, materialistas de hecho, y por Parménides, idealista en su eyección? Sin que hayan falsas luces que oscurezcan la claridad, puedes pensar que Juarroz no, tiene más finalidad que lo evidente, así se halle esto en lo objetivo, como en el fondo de la conciencia a título de arquetipo. Pero estas exploraciones pardas dejan de tener dicho color en la pluma de Daniel González Dueñas, tan dado de por sí a traer la vaguedad de la especulación general a lo particular de lo concreto, quitándole de esta manera la bruma y darle transparencia, y al carboncillo darle brasa.

Muchos son en México los nuevos ensayistas que distraen un panorama rico en motivos e ideas. La inteligencia no se empoza sólo en los “viejos”, no, busca también otros depósitos donde yacer y éstos son los que ofrecen muchos, muchísimos, tanto o igual que los nombrados.

Como lo habrás notado, lector insigne, no hemos citado el nombre de David Huerta todavía en el orden de ensayistas entregados a su labor fecunda, y tal cosa se ha debido a que en futura carta, no lejana, esperamos, sea su persona motivo centros de estas líneas a veces no tan tartamudas como aparentan ser. Y claro está, dejarán todas las dislalias aparte, a fin de encarar la materia del David Huerta poeta, autor en primera línea de *Incurable*, libro aparecido el año pasado con el sello de la editorial Era.

En el momento en el cual se presente la ocasión de hacerlo, no serán mis palabras las que más cuenten, pero sí las de varias personas que han tratado de penetrar por lo menos en el primer canto de *Incurable*, con la finalidad de hallar cómo se produce la palabra identificada con la tierra y el éter, el espíritu y el cuerpo, la relación y la concreción, lo distante con lo cercano, merced a un permanente juego de las contradicciones siempre puestas en juego por el debate a que incita la poesía trascendida de lo épico a lo lírico y viceversa.

Si la suerte hubiera de favorecernos en la ocasión dicha, entonces, además de producir textos escritos sobre el particular por personas que no merecen el anonimato, incluiré lo que podría ser bien a bien un pequeño reportaje hecho con una persona de mi mayor admiración, quien ha leído *Incurable* con laica devoción, tal y como llamo al hecho de leer un texto atendiendo el placer y la enseñanza, todo dentro de un marco crítico penetrado por los sentidos para que no quede en pura mente.

Como lo catas amigo siempre querido, tenemos prevista amplia y gratísima tarea por delante, y todo con el propósito de que tú halles en nosotros a un mediano informante por lo menos. Y ahora, como se dice en buena habla familiar, pasando a otra cosa, quiero contarte que don Antonio Millán Y., poeta de muy apreciables méritos, me ha prometido hacer llegar a mis manos un libro impreso el siglo pasado, titulado *Ripios académicos*, debido a las excrescencias biliares de don Antonio de Valbuena. La recepción de dicha obra me llenará de gozo porque tendré ocasión multiplicada de compartir contigo muchas cosas de gran sabor, en particular cómo se producía el pensamiento retórico a finales del siglo pasado y principios del actual. Qué significa el sectarismo crítico en manos de quienes se creen depositarios de la verdad “gramatical”. En qué medida una sintáxis poco más o menos aceptable los constituye en dómynes fuera de serie y debido a este turbado privilegio hacen micos y pericos de las mejores y mayores reputaciones. En fin, pienso que habrá motivo de perplejante regocijo visitando las páginas de este libro tan fuera de hora, pero siempre llamando la atención a quienes queremos ser liberales de verdad al momento de juzgar los méritos y los pecados ajenos.

También quiero referirte que el Cine Club de la Universidad (UNAM), durante enero y parte de febrero del año en curso, ha proyectado en sus diversas salas de exhibición un conjunto de películas debidas al genio (indiscutible) de Ingmar Bergman. El siglo XX que nos corresponde no estaría completo si se excluyera del panorama artístico a este hombre de cine. Irrelevante en muchos, campos y por muchos conceptos, ocupa la parte cimera de la mayor artesanía concebible en la dirección de cine. Pensamos que él es, a dicho arte, lo que Bertold Brecht lo es al teatro. ¿O una secreta vocación dirigida al yerro nos hace equivocarnos? No sabría decir qué caminos pueden llevarnos a Ricardo Guerra, a fin de que sea él quien evalúe el cine de

Bergman, de la misma manera que lo ha hecho con el teatro de Brecht. Se trata, en otros términos, de hallar subyacente en el valor del cambio en que suele terminar el cine, el valor de uso, vale decir amplitud en la mira dispuesta con sus catalejos para ver el laboreo de la estética como filosofía segura del arte.

¿Recuerdas cómo los filósofos del siglo pasado pedían la realización de la obra total de arte, con Nietzsche a la cabeza? ¿No, piensas que el cinematógrafo la constituye con todos los honores del caso? Imagen, sonido, y en forma descollante: movimiento. Aquí está el quid cuando se pedía la obra de arte total: solamente se pensaba en Wagner y Meyerbeer y Offenbach, que habían logrado darle a la ópera un movimiento inusitado debido al rápido cambio de escenarios; pero con todo, el ajetreo escénico en su máxima expresión no bastaba. Debía venir el cine, oh hermanos Lumiere, para que la expresión artística se equilibrara con un objeto en que la relación forma y contenido y contenido y forma fuera equilibrada. Al ser esto así, el cine introdujo un elemento invaluable, el tiempo, y en grados tales que cinematografía equivale a darle a la cámara filmadora el papel de biógrafo de la luz. ¿Me explico, querido amigo?

Cine es equivalente a luz biografiada. Bástete leer las acotaciones de un guión cinematográfico para apreciar cómo es la luz siempre, en todo momento, referente del tratamiento impuesto por el director asistido por actores (o no), camarógrafos, iluminadores, escenógrafos y, etcétera, etcétera.

Y claro, en el ámbito que crea la luz en su mayor variabilidad de intensidades, se producen hechos que han de quedar impresos para siempre. Y hay más todavía, el cine permite tener presente al tiempo en todo momento como materia flexible que se produce en todas partes en un mismo momento: presente, pasado y futuro. A estas tres categorías y otras es capaz de recoger la cámara sabia y dar, por lo mismo, seres en toda su dimensión, más bien dimensiones espacio-temporales. ¿Se te ha ocurrido leer alguna vez la terminología usual en una filmación? Hazlo queridísimo amigo y hallarás en ella camino seguro para penetrar en las interioridades de la luz explicada por la temporalidad y la espaciatura.

Bergman ha hecho con este instrumental la ideología estética de nuestro tiempo. Todos los paisajes imaginables van a sus personajes: mujeres, hombres, cosas humanizadas por agonizantes eternos; casos de conciencia de gente infinita, extraída del fondo de los bolsillos de Swedenborg, de Ibsen y de todos los fantasmas que transcurren las partituras de Carl Nielsen, éste situado siempre a mitad del mediodía de un día polar.

Y bien, para esta carta, creo, tenemos lo suficiente. En lo que toca a producir dislates, una inquietud que rebasa toda suficiencia. Pero tú das por descontado que en nuestras letras se halla ausente el arte del encantamiento extremado en un Montaigne o un José Cadalso, autor español no tan achacoso como muchos suponen, ello pese a ser célebre tanto él como su pelucón neoclásico.

Suficiente porque sin duda te llaman ocupaciones que piden ser cumplidas de inmediato. Todas rayanas en lo importante, y no en lo ladrante banal. En efecto, cuántos hay ya dejados de la mano de las ocupaciones intelectuales que exceden sus goces sacando al perro a retozar en el parque cercano y a otras cosas que no son para mencionarlas. Y al hacerlo se siente como cualquier Alcibíades de la colonia Florida.

Tus ocupaciones no son de ésas, podríamos jurarlo, lector paciente. Ejemplares sobre toda cosa, son para ser imitadas y por ello, en este preciso instante, revisas con despejado ceño el último discurso pronunciado por el candidato de tu preferencia. Subrayas aquí, anotas allá y piensas que Inactividad política si es bien llevada honra al ciudadano. Pero pronto has de fastidiarte porque no hallas explicación a muchas preguntas que has venido haciéndote sobre el destino de la nación en el orden de la educación media y superior, o sobre el destino de la producción bibliográfica. En este punto miras hacia tu librero en donde esplende su desnudez, entre muchos, un libro que acaba de producir desequilibrio en tu economía. Muchos miles de pesos por un conjunto de páginas mal encuadradas, las que no llegan siquiera al centenar.

Por esos caminos andan tus preocupaciones y con ello te bendices y nos bendices porque ello significa que siempre estarás atento a pescar en las aguas claras que sea, los nuevos ingenios: ensayistas, poetas, editorialistas, dramaturgos que han de venir a colectivizar en la cumbre de la democracia literaria, el oficio de escribir representado por los José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Huberto Bátis, José de la Colina, y otros, no citados aquí.

Y como muchas cosas pueden fallarme, menos olvidar lo que me favorece, querido amigo, a continuación

reproduzco para ti, con dedicatoria de afectos, la breve obra prometida. Se trata del poema dedicado a Luis Cernuda, y el que cierra el pequeño cuaderno que la UNAM habrá de publicarme pronto debido a la gestión inapreciable de Marco Antonio Campos, en la colección Materiales de Lectura.

Al gran poeta Luis Cernuda, en su tumba, en ocasión del XV Aniversario de su muerte

Marsias, ya desollado, confió su canto al viento.  
De las ramas de un abedul, dicen, cuelga su piel.  
La flauta que sus labios oprimieron, madre de la música,  
yace hoy en el barro; pero su voz se perpetúa  
hasta imponer en la soberbia del día apolíneo  
el melancólico acento de las noches serenas.

Marsias no cesa en su martirio. El es la poesía en llamas,  
en llanto, en vida. Tú lo supiste. Desde siempre  
escuchaste el canto del desposeído aldeano.

El son de su instrumento acompañó tus pasos  
y por ello, tú también como Marsias,  
desafiaste las iras del soberbio dios a quien venciste.

Mas si acaso no acertara a decir toda la verdad,  
exijo que las aves cuyo canto tú mismo has detenido,  
canten entonces hasta sepultar al viento, al abedul;  
flauta y piel sangrante para que tú, soñador perpetuo  
de la muerte viva, animes tus huesos.

Y vuelvas a nosotros a recordarnos que el hombre,  
el pobre hombre, es festín favorito de los dioses.

Y en esta forma como había quedado dicho ponemos punto final a la presente. Al hacerlo, distinguido amigo lector, le pido a los dioses benignos, no a los que desollaron a Marsias, que pongan en tus pasos la prisa que lleva al éxito, y la lentitud que lleva a los sinsabores, los que, además, para decirlo de una buena vez, no te deseamos.

Tu amigo y servidor,  
CARLOS ILLESCAS.